

## Helena Iriarte en plena productividad

### *Bajo una luz más clara*

HELENA IRIARTE

Babel Libros, Bogotá, 2012, 136 págs.

QUIEN QUERÍA ser pintora y conocer el mar ahora mide lo irremediablemente perdido: sus padres, su hermana y su vista en un accidente. Solo tiene el apoyo de Mateo para reconstruir su pasado y el de Antonia para subsistir en la vida cotidiana.

También la amplia casa de la cual habita un mínimo espacio. Casa que le trae sus historias, sus objetos. La memoria de los sentidos incrementada por los libros que el padre le leía. El padre que había instalado una imprenta en el sótano y la madre que cosía vestidos para una única muñeca de trapo, sin nombre fijo, que compartía con su hermana mayor Milagros.

Ahora, a medida que se recorta y oscurece el mundo, debe rehacer ese fabuloso pasado de la infancia, con sus castillos imaginarios y sus aventuras sin término. La autora sabe bien lo arduo y doloroso de la empresa:

[...] cuando abandonamos los lugares que hemos querido parecería que en alguna forma y con una lentitud, no sé si benéfica o muy triste, se van deteriorando antes de convertirse en ruinas y aunque eso está muy lejos y yo sigo aquí, no puedo mirarla y las niñas que corríamos por estos corredores tan largos y que nos reíamos al resbalar nos por el piso recién encebado, solo lo hacen en mi memoria y tal vez en la de los que ya no están. [pág. 33]

Por ello esta mujer habla y se enfrenta, poco a poco, a los secretos del pasado, a los silencios impuestos que había utilizado para ocultar miserias y traumas. Al perder la vista, percibe “bajo una luz más clara”, la sombra que la cubre.

Ella es la abuela, loca en sus desvaríos y abandonada por el padre al cuidado de unas monjas, para lo cual empeña su fortuna y malvende su casa, por la promesa de que la cuidarán bien. Pero lo que sucede es que con el tiempo, la abandona y finalmente la olvida. Llorará por ella y su hija María se

condolerá con él. Porque el mal resulta hereditario y tanto la abuela como la madre de la protagonista narradora quedan equiparadas en esa tragedia... En ese culpable silencio decretado en torno a su drama. Abuela y madre unidas en alguna forma y luego las tres, abuela, madre e hija, padeciendo cuando su padre elige una nueva mujer, quizá por su dinero, y la vida de todos se arruina y decae.

Quizá por ello la hija, al alejarse del padre en busca de su madre abandonada, siente lo siguiente:

Me miró, y en su mirada había tanta soledad, tantos recuerdos maltrechos, cosas pisoteadas, tanto amor vulnerado, que tuve ganas de llorar. [pág. 88]

Porque ahora la novela ha cambiado de voz y es un joven, Emilio, quien va en busca de su madre, la señora Ignacia, la abandonada por el marido, quien en un convento cerca del mar ve transcurrir su vida, hasta que las hermanas de la caridad son expulsadas del mismo por las tropas rebeldes, en una revolución más.

Finalmente, al tratar de ordenar todo este caudal, un tanto embrollado, de sucesos casi siempre afligentes en su inmovible soledad, el balance es paradójico:

Palabra, vida y memoria son una sola y única realidad y nosotros, al darles un orden y una supuesta significación, íbamos a destruir su sentido que nos es ajeno porque lo desconocemos o como si fueran viejas fotografías ya borrosas no las podemos ver con claridad. [pág. 135]

Si las primeras reseñas de Helena Iriarte aparecieron en 1961, en los núms. 37 y 38 de la revista *Mito*, al hablar de la nueva cuentística cubana y del libro de Jorge Zalamea sobre los antecedentes históricos de la Revolución cubana, ahora, a sus setenta y cinco años, publica su sexta novela, en plena productividad. Esta discípula de Jorge Guillén y destacada profesora en la Universidad Javeriana de su siempre abarrotado seminario sobre Borges, nos conmueve con esta “parte muy íntima y querida de mi alma”, que ha sabido recomponer, entre el sufrimiento y la arbitrariedad inasible con que la literatura arma su propia versión de los hechos. En todo

caso, iluminada por la certeza musical de la poesía, como lo demuestran sus tres bellos epígrafes de Olga Orozco, Eliseo Diego y Vicente Gerbasi. Con un verso de este último todo el libro se enriquece e ilumina retrospectivamente: “El hombre interrogando a sus calladas sombras”.

**Juan Gustavo Cobo Borda**